



EL ESPADACHIN.

I.

EL 11 de mayo de 1686 una pesada berlina tirada por dos vigorosos caballos entraba en la ciudad de Salamanca, y una de las personas que iban dentro sacó la cabeza por la ventanilla diciendo á su cochero:

—Vé despacio, Claudio, pues no quiero atropellar á nadie:

deja ir los caballos á su paso natural, y pregunta al primero que pase dónde está situado el colegio de Santiago el Mayor.

Luego se recostó en los almohadones, y dirigiéndose á una mujer que la acompañaba, añadió:

—Cuánto deseo tengo de abrazar á mi hijo!

—Y yo me atrevo á asegurar, señora, que el señorito debe tener igual deseo, porque sin duda alguna espera nuestra llegada.

—He escrito al director; pero como los correos se hallan en tan mal estado, mucho temo que no haya recibido mi carta.

—Está decidida la señora, preguntó el cochero con tosco acento, á no atropellar á nadie?

—Por qué lo dices, Claudio?

—Porque hay parada una porción de gente, y no es razón que yo no pueda atravesar á galope las calles de esta ciudad.

La señora sacó otra vez la cabeza, y se puso pálida como la azucena.

—Paulina, no ves á un joven en medio de la multitud?

—Dónde, señora? preguntó el ama de leche fijando sus ojos en el grupo.

—Allí, allí, cerca de la esquina.

—Veo á muchos, señora.

—Aquel que está vestido de paño pardo, y tiene un sombrero blanco, adornado de una pluma encarnada.

—Ya lo veo, señora, ya lo veo.

—No se parece á mi hijo?

—¿Qué decís, señora?... vuestro hijo no es tan alto, y además siempre lleva el manto y la collareta, como que sigue la carrera de la iglesia.

—Ya hace dos años que no le hemos visto, Paulina, y puede haber crecido.

—Sus cabellos eran menos negros que los de ese pillastre, señora.

—Sí, pero con la edad ennegrecen los cabellos.

—Con que no atropellamos á nadie? Dijo el cochero con enfado.

—Ya te he dicho que no, Claudio, respondió la dama con cierta autoridad.

—Entonces la señora, repuso el cochero, tendrá que esperar á que la gente despeje, porque no se puede dar un paso sin tropezar con algun canalla.

—El canalla lo serás tú, replicó uno de los hombres que se hallaban mas cerca del cochero.

—Calla, repuso éste, ó te cruzo la cara de un latigazo.

—A mí, señor lacayo?

—A ti, canalla.

—Quién nos dice canalla? demandó un viejo con furia.

—Este galopin, respondió el de la disputa.

—Con que nos ha llamado canalla! replicó otro, y habiendo circulado entre la multitud la palabra *canalla*, todos se agolparon hácia el coche en ademan amenazador.

—Corramos las persianas, señora, exclamó Paulina, ejecutando el consejo que acababa de dar. Estos hombres serán capaces de todo si descubren que no hay en el coche mas que dos pobres mujeres!

—Abajo! abajo! gritaron unos pocos en tumulto, dando al coche un violento empuje.

La dama comprendió que se habia trabado un combate entre el cochero y la gente, y no atreviéndose ni a moverse ni á respirar, se mantuvo en un rincon, y escuchó temblando el ruido que iba en aumento, no sin esperar de un momento á otro ver muerto á su cochero, sueltos los caballos, roto el coche, y ella, así como la nodriza, obligada á atravesar aquella multitud furiosa, que la insultaría sin miramiento alguno.

Escesivo era su miedo, cuando la portezuela del coche se abrió, y una voz juvenil pronunció estas palabras:

—¿A dónde quiere la señora que la conduzca?

—Al colegio de Santiago, respondió la dama sin mirar al que le hablaba.

—Lo agradezco mucho, dijo el joven; se me ha olvidado el camino de ese colegio, y no pienso en poner los pies en él.

—Entonces, á la primera posada, ó á donde tengais á bien, se apresuró á decir la dama, no atreviéndose á descubrir el rostro por no ver los muertos y heridos que debía haber en torno suyo.

II.

La portezuela se cerró, partiendo la berlina á galope.

—Habeis visto, señora, al diablo que nos conduce? dijo Paulina cuando sintió el sacudimiento dado al coche para ponerse en marcha.

—No, Paulina, respondió la dama temblando todavía: ¿qué le habrá sucedido á Claudio en este tumulto espantoso?

—Quién sabe, señora?... Tal vez haya muerto... ¡qué gente, virgen santa! ¡qué gente tan soez!.... ¿No habeis visto al borracho que nos preguntó á dónde queríamos ir?

—No; era feo?

—Espantoso, señora, espantoso; figuraos una boca abierta hasta las orejas, ojos de mochuelo, cabellos rojos, y una nariz... yo no he visto una nariz por el estilo... y luego una estatura de gigante... pues y su voz?... qué voz tan terrible, señora!...

:

—No lo creas, Paulina; su voz era muy dulce, y si he de decir la verdad, me pareció que oía la voz de mi Teodoro.

—Lo que es una madre! exclamó la nodriza; la voz del señorito, que es tan dulce y tan suave!

—Hola!... muchacha.... mozo!... se puso á gritar la misma voz que á la señora de Lerin, pues así se llamaba la dama, le parecía tan dulce y á Paulina tan terrible; ¿dónde está el huésped de la posada del *Toro*?... ea, prevenid habitaciones y una buena comida... Arrancad las verduras, retorced el pescuezo á todos los pavos, que viene jente...

El coche se paró, abrióse la portezuela, y la misma voz añadió:

—Ya habeis llegado, señoras.

Y otra voz mas gruesa dijo:

—Cuando gusten pueden bajar las señoras.

Todo esto fué dicho tan pronto que la señora de Lerin no tuvo tiempo, ni la necesaria presencia de espíritu para detener á la primera persona que la habia hablado; pero la habia visto, y aunque mas alto y de cabellos mas oscuros reconoció á su hijo, exclamando:

—Teodoro!

Pero ya el jóven habia desaparecido, y solo se presentaba á la portezuela del coche el semblante vinoso del huésped de la posada del *Toro*.

La señora de Lerin y Paulina se apearon, y apenas ocuparon una habitacion, aquella preguntó al posadero si conocia al jóven que la habia conducido.

—Si le conozco, señora? respondió; es el mas valiente espadachin de toda la ciudad, y entre todos los pendencieros se distingue por su audacia, su gallardía y su apostura.

—Cómo se llama? preguntó con interés la de Lerin.

—Listo, osado, sin desamparar nunca la espada, que ha desenterrado de no sé dónde, acude á donde hay ruido, y se divierte en dar y recibir porrazos, aunque si se ha de hablar en justicia, siempre da mas que recibe.

—Cómo se llama? preguntaba la pobre madre con angustia.

—Pero tambien es el primero, señora, que acude á donde hay peligro: la última semana salvó á un muchacho que iba á abrasarse en un incendio: ayer mismo sacó del Tormes á un hijo mio que se cayó jugando junto al puente; porque habeis de saber que el espadachin nada como un pez.

—Mas cómo se llama? dijo la señora de Lerin; por el amor de Dios decidme su nombre.

—Su nombre! repuso el huésped admirado; ni lo sé ni he pensado en preguntarlo. Aquí le llamamos el espadachin, ó el pendenciero, ó el valiente tahir.

El posadero salió dichas estas palabras, y la señora de Lerin dijo á la nodriza.

—Paulina, es mi hijo, lo conozco.

—En verdad, señora, que no sé como podeis figuraros que el señorito sea el espadachin de que ha hablado el posadero. El hijo de un valiente marino muerto en defensa de su patria, el jóven destinado á la carrera de la iglesia habia de ser el mónstruo que yo ví? Imposible, señora, imposible.

El huesped interrumpió á la nodriza, diciendo á la de Lerin.

—Señora, acabo de saber que el espadachin ha librado á vuestro cochero de manos del populacho, el cual queria hacerle tomar un baño de agua fria en el Tormes para enseñarle á ser político..... En seguida el pendenciero acaba de entrar en la sala de armas, que está aquí cerca, para ejercitarse en tirar al florete con otro espadachin..... Si quereis divertirlos, señora, venid conmigo á la sala, á donde se dirige medio Salamanca.

—Con mil amores, dijo la dama, aprovechándose de la ocasion para asegurarse por sí misma de si efectivamente era su hijo, ó si la habian engañado su corazon, sus ojos y sus oidos. Cubrióse pues con un espeso velo, y siguió al huesped con gran asombro de Paulina.

III.

Cuando la viuda de Lerin y Paulina se presentaron á la puerta de la sala de armas, fueron rechazadas por la multitud de curiosos que se cruzaban al entrar y salir, y ya la dama iba á renunciar á su deseo de ver el desafio, cuando el maestro de esgrima se acercó á la elegante forastera, diciendo:

—Si la señora quiere presenciar el asalto, yo le proporcionaré sitio: será tanto mas curioso, cuanto que ya no es al florete sino á espada, ó, lo que es lo mismo, un desafio á muerte..... El mas jóven no tiene diez y seis años, pero es muy hábil..... como que yo he sido su maestro..... Su antagonista tiene mucha mas edad que él, pero no es tan diestro..... Sitio, señores, sitio á una dama!..... ¿Veis bien, señora?

—No mucho, respondió la de Lerin; solo veo el rostro de uno de los adversarios..... Pero Dios mio! se van á matar.

—Nada temais, señora, porque son muy diestros..... uno..... dos..... bien!..... perfectamente!..... Mirad, señora, el mas jóven se vuelve hácia nosotros; no le veis la cara?

—Detenedlos, señor, detenedlos, se puso á gritar la viuda, apenas fijó los ojos en el mas jóven de los combatientes; por el amor de Dios, impedid el duelo.

—Dios me libre, señora; son muy valientes los dos para que yo

me prive de semejante espectáculo; pero callad, porque vuestra voz puede distraer á uno ú otro, y causar su muerte..... Callad, señora, que es un verdadero combate.»

Esta palabra cerró la boca á la pobre madre; pero al mismo tiempo suspendió todas sus facultades, de suerte que ni tenía fuerzas para huir ni valor para quedarse.

—Por piedad..... impedit el desafío, dijo al maestro de esgrima con la voz cortada y respirando apenas.

—Impedir el combate, señora!.... ni por pienso, dijo el maestro indignado, y siguiendo con ansiedad á la par que alegría los golpes de los combatientes, cuyas espadas se cruzaban con tal rapidez, que era preciso ser muy inteligente para ver algo mas que encarnizamiento.

A poco se escapó un grito al mas jóven de los adversarios, y la señora de Lerin cayó sin conocimiento en brazos de la nodriza.

Cuando recobró sus sentidos, se hallaba en la posada del *Toro*, y sentia que una boca la cubria de lágrimas y de besos. En pié delante de ella estaba Paulina mirando á un individuo arrodillado á los pies de la señora de Lerin, y el posadero y algunos criados se mantenian á cierta distancia. La viuda se bajó para ver al que la estrechaba la mano, y conoció al que había conducido el coche así como al diestro espadachin de la sala de armas.

—Mal hijo! dijo con profundo dolor.

—Perdon, madre mia, perdon, contestó el osado mancebo, convertido de repente en el mas tierno de los hijos.

—Pero estás herido? repuso la madre, recordando el grito de Teodoro.

—Nada, un arañazo en el hombro..... me perdonais, mi buena mamá?

—Pero Teodoro, por qué dás tanto que sentir á tu madre?

—Oh! decid que me perdonais.

La señora de Lerin levantó al muchacho besándolo en la frente, y Paulina dijo con aire de incredulidad:

—Pero, señora, creéis que este espadachin es el señorito?

—No es verdad que ha crecido? preguntó la madre mirando con orgullo á Teodoro.

—El demonio es muy malo, señora, y vos demasiado crédula, dijo la nodriza con aire apesadumbrado.

—No me conoces, Paulina? saltó Teodoro, dirigiéndose con los brazos abiertos á donde estaba la nodriza. No conoces al niño á quien meciste, acariciándolo y mimándolo, y al cual diste las primeras lecciones de glotonería?

—Atrás, Belcebú, exclamó Paulina retrocediendo con espanto, y añadió persignándose varias veces: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La señora de Lerin no pudo menos de reirse del miedo de la nodriza, y luego dirigiéndose á Teodoro le dijo:

—Pero por qué has salido del colegio? cómo es que te encuentro dando de cuchilladas por esas calles?

—Mamá, lo he pensado muy bien, y conozco que el estado sacerdotal no es para mí el mas adecuado: por esto he dejado el seminario, querida mamá..... y luego á un hijo de un marino le conviene el mar.....

—Sin embargo, dijo la madre sonriéndose, la tierra, si he de creer lo que dicen en esta ciudad, te agrada muy mucho.

—Sí, replicó el mancebo; pero como llegue á ser marino, prometo no volver á poner los pies en ella, sino para venir á abrazar á mi querida mamá.

—Pues bien! ya sabes la guerra pendiente con Francia; la familia de tu padre arma una fragata de diez y ocho cañones, y en ella harás tu primera campaña.

IV.

Embarcado en efecto Teodoro Lerin en la *Santa Isabel*, prestó muy buenos servicios en las aguas de Cataluña, peleando contra los franceses que invadieron el Principado y llevaron la desolacion hasta las puertas de Barcelona.

Mas tarde, su familia, admirada de su valor, le confió el mando de la misma fragata, á bordo de la cual peleó con denuevo contra los moros que habian sitiado á Ceuta pero que tuvieron que cambiar en bloqueo el sitio de esta plaza y la de Melilla, despues de perder la mitad de su gente.

Muerto Carlos II, subió al trono de España Felipe V, y habiendo atacado la Andalucía en 1702 la escuadra combinada de Inglaterra y Holanda, Lerin se portó como un valiente en aquella lucha, colmándole el monarca de honores y distinciones.

En medio de tantos reveses como sufrió España en aquel tiempo, Teodoro Lerin sobresalió por su arrojo y mucho mas por su fidelidad al monarca nunca desmentida. Murió tan esforzado marino á los cincuenta y tres años de edad, dejando tres hijos, los cuales en sus respectivas carreras siguieron con gloria las huellas de su padre.

EL SECRETO DE EMILIA.

UNA hermosa tarde del mes de agosto de 1838 hallábase sentada en un banco de piedra del Buen Retiro una señora anciana, y á sus pies se veía un sombrero de paja, un chal y una sombrilla, prendas de una niña como de trece años, que con la frente húmeda, brillantes los ojos y las mejillas sonrosadas, se divertía, así como sus compañeras, en ver un diluvio de hojas, coronas doradas que el otoño ciñe en la frente de los árboles, y que un viento algo desatado hacia volar en espesos torbellinos.

Bien sabía la abuela de Emilia que los niños se rien de cualquiera cosa, de un mechón de pelo que se desprende del peine, de un rayo de sol que viene á deslumbrar á uno, de una chanza, de la torpeza ajena, y á veces de la nuestra; pero quería mucho á su nieta, y como iba refrescando, llamó á Emilia, disponiéndose á abandonar el Retiro.

Irse al mejor tiempo! cuando el viento azotaba mas y mas las hojas! cuando comenzaba á aspirarse el perfume de la noche! Esto era para desesperarse; pero Emilia propuso como término medio á su buena abuelita que la permitiese ir al siguiente día, acompañada de la fiel Dorotea, á dar de comer á los patos del estanque, para lo cual se abrigaría perfectamente con su chal y su sombrero. Vaya V. á negar semejante petición á una niña amable y bonita!... La señora de Medina dió pues su permiso, y además magníficos dos reales para subvenir á los gastos que iba á originar aquel banquete repentino.

Alegre y á paso ligero, Emilia cruzó las calles, y al fin de la de Alcalá compró unos bollos para obsequiar á los moradores del estanque, y no volvió á casa hasta pasadas dos horas. Empero entonces sus ojos no brillaban de placer, y cuando la señora de Medina, sobresaltada de su palidez y de su tristeza, la preguntó qué tenía, Emilia respondió estas palabras:

«No lo sé, estoy mala, y tengo frio!»

Ya hemos dicho que Emilia tenía trece años, mas era todavía tan chica y delicada que solo representaba diez ú once, de suerte que su padre, que hacia ya tiempo enviudára, y su abuela materna, los cuales componian su única familia, no se cuidaban de otra cosa que del bienestar y la salud de su querida Emilia. Figuraos pues cuanto no sería el pesar de la buena señora al oír las palabras de su nieta; asustóse en extremo, y creyó que aquel

frio repentino ocultaba el gérmen de una odiosa enfermedad, tal vez la que habia conducido al sepulcro á su hija única.

Por fortuna desapareció el frio, y Emilia siguió yendo al Retiro, porque habia tomado tal cariño á los patos, que no podia dejar pasar una tarde sin verlos. El invierno fué á sorprenderla en medio de su capricho, y si exceptuamos el domingo que la niña iba á oír misa á S. Ginés con la buena de Dorotea, no salia jamás de casa.

Bien es verdad que la morada de D. Indalecio Montes ofrecia mil atractivos: habia tertulia una vez á la semana; siempre se quedaba á comer algun amigo, y como la fortuna del dueño, confundida con la de su suegra, facilitaban mas de lo necesario, aunque sin hacer ostentacion de un lujo inútil, no carecian de nada absolutamente.

Así es que apenas Emilia manifestaba el menor deseo, apresurábanse á complacerla, y ya se le antojase un libro propio de su edad, ya apeteciese un bordado nuevo de tapicería, ya pusiera las mientes en un lindo dibujo, aun no habia transcurrido el dia cuando ya se lo presentaba su bondadoso padre. Mas hé aquí que de pronto sale con el capricho de que no la gusta nada de cuanto la dan, y pide á su padre le permita comprar sus cosas en compañía de Dorotea, para lo cual se contentaría con muy poco.

Es imposible no acceder á los deseos de una persona amada: Montes dió poquísima importancia á la peticion de su hija, á la cual señaló seis duros al mes para sus gastos menudos, pues por lo que hace á la costurera y á la modista, esto quedaba á cargo de la señora de Medina.

Transcurrió mas de un año, durante el cual creció Emilia, se fué embelleciendo, aprendió cuanto la enseñaron, y solo se la conoció un defecto, uno solo. Emilia se hizo avara, la sórdida avaricia se apoderó de ella, y tanto su abuelita como su padre se afligían profundamente, sin atreverse á decirla ni una palabra, porque ya no era una niña, y temian humillarla sin fruto alguno; otras veces confiaban en que con el tiempo se corregiría, figurándose que aquella manía de amontonar dinero provendría de algun capricho, natural en los primeros momentos en que uno llega á poseer lo que ha deseado por mucho tiempo.

Pero en el fondo no dejaban de estar tristes, pues su natural generosidad les presentaba bajo el aspecto mas feo las continuas mezquindades de Emilia para economizar y guardar dinero, porque de seguro no gastaba un duro de los seis que le daba su padre. Cuando la llevaban un pañuelo nuevo, ó la hablaban de un cinturón, Emilia registraba la cómoda, zurcía el vestido si estaba roto, decia que era muy lindo, y se lo plantaba aun los dias de fiesta.

¡Cuando llegó el cumpleaños de su padre, le regaló unas bonitas chinelas de tapicería, pero de muy poco valor, y para contentar á su abuelita la dió unos vuelos bordados, pero sin el menor adorno. Para que conociese su falta, Montes trató á su hija con mas generosidad, dándola, además de lo necesario para comprar un sombrero, diez duros en un bolsillo de valor.

—«Toma, la dijo, con esto cubrirás los gastos que hayas hecho para bordar las chinelas y los vuelos.»

Sangrienta ironía, porque ella misma los había bordado, sin tener que gastar un ochavo; comprendió pues el sentido de las palabras de su padre; pero, cosa extraña! la alegría que experimentaba al recibir aquella cantidad, disminuía en mucho la pena que sentía por haber merecido una lección tan dura, sin que pronunciase una sola palabra de arrepentimiento.

Al dia siguiente, de orden de su padre, y acompañada de Dorotea, Emilia salió á comprar un sombrero, porque se trataba de hacer una visita, y Montes la habia encargado comprase una cosa buena, sin regatear sobre el precio. Pero en vez de obedecer á su padre, y comprar un sombrero de terciopelo adornado de preciosas flores, Emilia tomó el mas sencillo que encontró de gró de Nápoles, sin adorno, sin flores, y cuyo aspecto hizo arquear las cejas á la abuela cuando se lo enseñó.

—«Y has dado por él una onza? dijo mirando á Emilia con severidad.

—Abuelita, respondió la jóven, qué importa el precio si me sienta bien?

—A tu edad todo cae perfectamente, menos la desobediencia á los padres.

—Y menos la avaricia, dijo Montes que acababa de entrár, la sórdida avaricia, pasión que oculta á los ojos de Emilia sus continuas impertinencias, el ridiculo que las acompaña, lo mal miradas que son las jóvenes viciosas, y sobre todo el dolor de un padre.»

Dicho esto, se dejó caer sobre una silla profundamente afligido, y al oír Emilia aquellas palabras encerradas hacia tiempo en el paterno corazón, y que al fin se escapaban, al ver el sentimiento que causaba al mejor de los padres, se puso pálida, y arrojándose á los pies de aquel á quien habia ofendido, solo pudo decir antes de desmayarse:

—«Perdóneme V. y se lo contaré todo!»

Dorotea acudió al ruido de la campanilla que tocaba con fuerza la señora de Medina, y condujeron á Emilia á su cama, llamando al instante á un médico. No tardó éste en llegar, y declaró que á causa de la calentura que acababa de entrarle, necesitaba mucha tranquilidad, con la cual al cabo de dos dias estaría buena.

Emilia se vió, pues, condenada á guardar completo silencio, y luego que estuvo mas recobrada de la agitacion que habia sufrido, su padre la abrazó con cariño, asegurándola que no dudando de su arrepentimiento no volvería á hablarla de lo pasado. A lo cual solo respondió Emilia:

—Sí, todo se lo diré á V., y en lo sucesivo no le ocultaré cosa alguna!»

Palabras que excitaron la curiosidad de Montes, quien toda la noche estuvo pensando en la conducta misteriosa de su hija.

Era domingo al día siguiente, y la señora de Medina y su yerno acababan de almorzar en la sala. Dorotea se ocupaba en quitar la mesa, y Montes, acercándose al balcon, dijo con aire distraido, al ver la lluvia que caía á torrentes:

—«Qué tiempo tan perverso!

—Yo lo siento por la pobre Guadalupe, dijo Dorotea.

—Quién es Guadalupe? preguntó la señora de Medina.

—Una chica rubia como un ángel, que jamás pierde una misa, y que siempre se pone al lado de la señorita.

—Y hablan mucho una con otra? preguntó la anciana.

—No hablan, sino rezan, dijo Dorotea picada; *buenos dias, buenos dias*, y nada mas. Sin embargo, la pobre Guadalupe quiere mucho á la señorita Emilia, porque un dia que no la dejó V. ir á misa á causa, de estar constipada, la chica se acercó á mí en la iglesia pálida y llorosa, preguntándome qué tenia la señorita, si era cosa de cuidado, y muchas otras cosas, acerca de las cuales no entiendo una palabra.»

El padre y la abuela de Emilia se miraron, y la virtuosa anciana tomó la palabra para manifestar el pensamiento de los dos.

—«Qué triste estará la pobre Guadalupe! Vé á buscarla, Dorotea, y tráela aquí.... S. Ginés está cerca, y deseo conocer á la protegida de mi nieta.»

Dorotea sin decir una palabra salió de casa, y se dirigió á la iglesia, volviendo un cuarto de hora despues con una niña de once á doce años, cuyos menudos pies calzaban zapatos ordinarios, que llevaba puesto un vestido de coco azul muy limpio, y un pañuelo de percal negro á la garganta. Lo demás estaba oculto bajo un paraguas de tafetan verde que tenia en la mano Dorotea, de suerte que la señora de Medina y Montes, que la divisaron á través de los vidrios, no pudieron ver mas.

A poco entró en la sala, y cuando se vió en su presencia, la pobre niña se puso encarnada, y en vez de seguir, dió un paso hácia la puerta; mas revelaba tanto candor su lindo rostro, que la anciana la dijo:

—«No tengas miedo; Dorotea me ha dicho que quieres mucho á mi nieta, y he querido sacarte de inquietud trayéndote á verla: lo sientes acaso?»

—Sentirlo? dijo Guadalupe acercándose á la anciana, al contrario: es tan triste no ver á las personas que una quiere!»

—Cuánto tiempo hace que conoces á Emilia? la preguntó Montes tomándola la mano. Guadalupe miró en torno suyo como admirada, y luego dijo:

—Cuánto tiempo? desde la tarde en que la señorita fué á dar de comer á los patos.

—Sí, ya me acuerdo, dijo la abuela, pero cuéntamelo todo.

—Yo estaba en la puerta del Retiro, y tenía tanto miedo y vergüenza, que á cada momento me daban ganas de huir; mas pensaba en mi madre, y no me movia de aquel sitio.

—Qué tienes? me preguntó la señorita Emilia, por qué lloras así?

—Porque mi madre está muy mala!

—Cómo! tu madre está enferma, y tú te hallas aquí?

—Salí de casa para ir en busca del médico, y cuando llegué á la suya me dijo la criada que acababa de salir á dar un paseo; pero que si me daba prisa podía alcanzarle.

—Y bien, no le has encontrado?

—Le he visto, pero á lo lejos, entrar por esta puerta, y cuando me disponia á seguirle, un guarda me ha detenido diciendo que estoy mal vestida, y que mi objeto era pedir limosna en los jardines.

—Entonces la señorita quiso saber por qué no iba á buscar otro médico, y yo la dije que como hacia dos meses que mi madre no trabajaba, no teníamos ni aun con que comprar pan, y que por esto habíamos acudido á un médico del hospital, que era el que visitaba á mamá, y tras el cual corría yo, en tanto que mi madre quizá se moría por falta de socorro. Dicho esto, rompí á llorar mas fuerte, y la señorita lloraba tambien.

—Toma, me dijo, dándome un duro, corre al momento en busca de otro médico, y mañana á la misma hora ven á buscarme aquí.

—Y qué mas? dijo la anciana.

—Después la señorita se acercó á la criada, que la esperaba sentada al pié del enverjado.

—Y al dia siguiente? preguntó Montes.

—Al dia siguiente la encontré en el mismo sitio, y quiso que la llevase á casa: mi madre estaba mejor, la habian sangrado, y el médico habia dicho que era cosa larga, pero no de peligro. Estaba sola en aquel momento con una pobre vecina, y contó á la señorita como no tenia á nadie mas que á mí, que era viuda, y que trabajábamos en coser ropa blanca, yo para aprender, y mi madre para ganar con qué mantenernos; pero despues de tanto tiempo de estar en cama sin trabajar, mil veces hubiera deseado morir sino hubiera tenido á su Guadalupe.

La señorita la consoló, dándole tres duros, y después cuando se iba, me dijo en voz baja: «vé todos los domingos á San Ginés á eso de las nueve, y allí me encontrarás»

—Y qué mas? preguntó la señora de Medina.

—Qué mas? dijo Guadalupe, nunca he dejado de ir, ni la señorita tampoco, excepto una vez.

—Y está ya buena tu madre?

—No ha muerto, y esto es mucho, dijo la niña saltándosele las lágrimas; querían llevarla al hospital, pero era necesario dejarme sola, y no quise.

—Pobre mujer! exclamó la señora de Medina, y con qué habeis vivido?

—Con qué? repuso Guadalupe; con cinco duros que la señorita Emilia nos dá todos los meses. Sin ella, sin su buen corazón, de seguro nos hubiéramos muerto de hambre, porque todavía no he acabado de aprender, y solo gano cinco ó seis cuartos que me dá mi maestra por ciertas cosas que le hago!»

La abuela miró al padre, el padre tendió la mano á la abuela, y ni el uno ni la otra pudo decir una palabra. Guadalupe creyó ver en este silencio una desaprobación de la conducta de Emilia, y dijo sobresaltada:

«La primera vez que la señorita me dió tanto dinero, mi madre no quiso tomarlo hasta no saber si su familia aprobaba la inversión de su dinero; pero la señorita me dió entonces para mamá esta carta, que conservo siempre. Quiere V. leerla?»

La anciana tomó la carta de su nieta, y leyó lo que sigue:

«No cavile V. sobre el dinero; si no fuese mío, por nada de este mundo dispondría de él ni aun para hacer un favor. Mi papá me quiere mucho, y me ha señalado una cantidad mensual para que haga con ella lo que tenga á bien, y como tengo gusto en ser á V. útil, espero tomará el dinero. Sin cesar pido á Dios que devuelva á V. la salud: si mi abuela ó mi papá se ponen malos alguna vez, ruegue V. por ellos, y se lo agradeceré en gran manera.

P. D. Guadalupe es muy guapa, y me gusta mucho.»

Montes besó á la niña con cariño, y la señora de Medina hizo lo mismo, la dió un regalo para su madre, y antes de que Dorotea se la llevase, la prometió que pronto iría á verla en compañía de Emilia.

D. Indalecio, impaciente por abrazar á su hija, empujó lentamente la puerta de la alcoba, y vió á Emilia sentada en la cama.

«Venga V. acá, papá, que todo se lo voy á contar.

—Es inútil, querida, porque he visto á Guadalupe, y ha charlado como una cotorra.

—Y mañana iremos á verla, dijo la anciana que acababa de entrar.

— Ah! qué gusto! es decir que no está V. enfadado conmigo? preguntó Emilia á su padre.

— Sí, y mucho.... porque me has ocultado....

— Lo que he hecho? Pero, papá, V. tiene la culpa. No me ha dicho V. muchas veces que el mundo está lleno de gentes vanidosas que hacen el bien por ostentacion, para irlo á contar, para darse importancia? Yo he pensado que tenía V. razon, porque he hecho lo mismo muchas veces, dando limosnas quando alguno me miraba; pero he reflexionado, y no solo me he corregido, sino que he querido tener un secreto ni mas ni menos que V.!

— Cómo? dijo Montes, bajando los ojos á la maliciosa mirada que le dirigió Emilia.

— Sí, V. tiene un secreto: para V. el manco y sus hijos; para mí Guadalupe y su pobre madre.

— Pues no está avergonzando á su padre! dijo la abuela sonriendo.

— Oh! no se ponga V. contra mí, dijo Emilia, porque sé muchas cosas que V. hace á escondidas!

D. Indalecio Montes acabó la buena obra que su hija había empezado, y gracias á su generosidad, la pobre enferma recobró la salud, y Guadalupe volvió á ser dichosa.

VALOR EXTRAORDINARIO DE UN NIÑO.

Era una fria noche de otoño; el suelo estaba cubierto de escarcha, y una densa niebla exparecida en los aires hacia la oscuridad mucho mas profunda. Un pequeño caserío de las cercanías de Sta. Elena, en Sierra Morena, se hallaba entregado á la custodia de un niño, porque los habitantes del caserío, tanto los amos como los criados, habian ido aquella mañana á un pueblecillo inmediato, donde se celebraba la fiesta del patrono, y despues de la misa habia meriendas, bailes y juegos.

Por qué Agustinillo no habia sido de la partida? Por qué se habia quedado en casa, quando los otros iban á divertirse? Ay! el pobre chico los vió partir no sin sentimiento; pero se resentia de una caida reciente que no le permitia andar á pié las dos leguas que separaban la quinta de la aldea, mas bien que pueblo, á donde debia ir.

Obligado por este accidente á permanecer en el caserío, Agustin Ligeró (este es el apellido de su padre) se habia aburrido en grande, no haciendo otra cosa en todo el santo dia que mover

las quijadas. Cuando llegó la noche, aumentóse su fastidio; pero considerando que pronto llegarían los que habían ido á solazarse, se dijo con satisfaccion:

«Pronto vendrán.»

Reflexionando de este modo, dió un suspiro, y se ocupaba en encender un candil, cuando fué á llamar su atencion de pronto un ruido lejano, que se hizo mas perceptible, hasta oirse muy cerca. Pensó al principio que eran sus amos y los demás criados; mas era temprano todavía, y además no oia ni los alegres ladridos de Turco ni las canciones en coro de los labradores. El chico se acercó á la puerta, y oyó la siguiente conversacion:

«Dime, estás seguro de que no hay nadie dentro?»

«Como que he visto pasar á toda la gente con direccion al pueblo; el mastin iba á la cabeza, y esta es una fortuna, porque tiene muy buenos dientes. Por lo tanto, estamos como queremos, y en una hora podemos despachar. Venga el cuchillo, y rompamos la cerradura, que por cierto es bien sólida.»

Agustin no podía dudar que aquellos hombres eran malhechores, y en vez de tener miedo y ocultarse, como hubieran hecho en iguales circunstancias muchos niños y no pocas personas adultas, el muchacho lejos de asustarse, sintió nacer en él un valor y una resolucion ajenos á su edad. Clavado contra la puerta y reteniendo el aliento, mira á través de una rendija, y vé en efecto á dos hombres armados y de mala facha.

«Ah! dijo para sus adentros; quieren VV. robar la casa! pues bien! veremos quien puede mas.»

Dicho esto, se aleja sin hacer ruido, y á dónde se encaminó nuestro héroe? cuáles eran sus designios? á dónde iba? á buscar armas y municiones.—Tanto para defenderse de los malhechores que siempre han abundado en Sierra Morena, como para cazar, habia en el caserío varias escopetas, tres de las cuales cargadas de postas cogió Agustinillo, corriendo con resolucion hácia la puerta.

«Quién anda ahí?» gritó ahuecando la voz.

Los ladrones guardaron el mas profundo silencio, y luego dijo uno en voz baja:

«No decias que no habia nadie?»

—Será algun viejo chillon, respondió el otro; no hay que desmayar.»

Y principiaron de nuevo á forzar la cerradura.

Agustin colocó las escopetas en forma de batería, poniendo las bocas en tres diferentes hendiduras, y dijo:

«Ola! con que no quieren VV. retirarse? pues bien! allá vá esa china.»

Un tiro disparado á boca de jarro rozó el sombrero de uno de los ladrones, quien se puso furioso.

«Nos largamos? preguntó su camarada temblando de pies á cabeza.

—No, no, sería una cobardía huir de un viejo.

—Soy un viejo? estoy solo?.... ahora lo verán VV..... Juan, Perico, José, pronto! venid acá con las escopetas!

Imitando entonces el ruido de los pasos y confuso vocerío de cinco ó seis personas reunidas, Agustinillo, para dar mas peso á su ficcion, suelta con ambas manos el gatillo de las otras dos escopetas, las cuales se disparan á la vez, hiriendo en el pecho á un ladron, que cayó en tierra herido mortalmente.

El otro huyó precipitadamente, y Agustinillo aguardó con impaciencia la llegada de los ausentes, los cuales se sorprendieron no poco, cuando de vuelta de su romería tropezaron con un cadaver á la puerta del caserío. Agustin, luego que les abrió, contóles lo que habia pasado, y el valeroso niño recibió de su amo, por via de regalo, una de las escopetas de que tan bien habia sabido servirse.

Poco tiempo despues (esto sucedió en 1822) el ayuntamiento de Sta. Elena, de órden del gefe político de Córdoba, dió á Agustín Ligero una buena gratificacion de fondos de propios.

LORENCITO Y EL BASTON.

Fábula.

De caballo sirviera á Lorencito
Cierta baston en la niñez inquieta;
Mas luego que fué el niño viejecito
Hizo de su baston una muleta.

El baston es la ciencia que divierte
En el albor risueño de la vida,
Y ayuda al hombre en la vejez inerte
A llevar la existencia dolorida.

TENORIO.